

ACOSO DE MUÑECA

Pedro VÍllora

*Despacho de escritor decimonónico. Paredes recubiertas de libros exquisitamente encuadernados y ordenados. En un extremo hay una mesa redonda, dos sillones, una mecedora y una estufa con lumbre encendida: estamos en invierno. En el lado opuesto está la puerta. En el centro hay una mesa de trabajo donde Henrik está escribiendo. Suena una campanilla en el exterior; poco después se oye una puerta, y enseguida se abre la del despacho y entra Nora, muy animada. Viste traje de calle.*

NORA: Ya, ya sé que no te gusta que entre sin llamar. No me digas nada, y te pido otra vez perdón. ¿Pero cómo llegar a casa y no venir primero a ver a mi alondra, a mi ardillita, que se ha quedado toda la tarde escribiendo esas frases maravillosas que luego su Nora va a interpretar? Henrik, era absolutamente necesario que yo hablase esta noche contigo. Y tú dirás: "¿Hay alguna conversación posible entre usted y yo?". Y yo te digo: "Sí, precisamente usted y yo tenemos que hablar de muchísimas cosas". ¡Qué éxito, Henrik, qué éxito! Si me hubieses visto hoy cuando he dicho: "No; no puedo aceptar nada de un extraño". ¡Qué rotundidad, Henrik, y qué silencio! Lo he notado perfectamente. Todos en el teatro estaban absolutamente estremecidos: ¿cómo no estarlo, si yo los he llevado a ese extremo gracias a mi sacrificio, a mi entrega absoluta y desinteresada a ese Torvald que no me merece? Sabía que hoy estaban sobrecogidos: siempre lo están. Y es todo gracias a ti, mi halcón. *(Nora se sienta en un sillón. Henrik continúa escribiendo sin que parezca haber notado su presencia.)* En las primeras filas había varios matrimonios a punto de romperse. Pero no hay problema: esta noche discutirán y no quedará rastro de ninguno. ¡Si los hubieses visto como yo! La función comenzó y ellos prestaban una atención acostumbrada a complacerse, como quien sabe que va a presenciar un dramita burgués sin importancia. Ellas, por su parte, ponían los ojos en blanco, pensando, sin duda, en algún error de la criada o en

esos molestos seres pedigüños llamados hijos. Sólo volvían en sí, Henrik, para apreciar ese encanto que aún conservo y me caracteriza, y que ellas, por desgracia, empiezan a perder. Pero todo eso era al principio, y al terminar la exposición del asalto a mi propia soberanía, después de que doy ese portazo sublime que ha revolucionado la historia del teatro y la de las libertades, nadie habría reconocido en esas mujeres altivas, dinámicas y concienciadas, y en esos hombres hundidos, cabizbajos y miserables, a las modélicas parejitas tradicionales que eran dos horas antes. Sí, Henrik, ha llegado la hora de la liberación de la mujer. ¡Viva el movimiento feminista! ¡Soltemos las cadenas familiares! ¡Terminemos con la esclavitud del hogar! ¡Acabemos con la opresión masculina! ¡Abajo con los sementales! ¡Adiós al macho! ¡Fuera los hombres! ¡Fuera, fuera, fuera!

*Henrik ha dejado de escribir ante la exaltación que Nora ha ido ganando en sus expresiones. La contempla boquiabierto e incrédulo.*

HENRIK: Nora...

NORA: ¿Qué?

HENRIK: Tú no estás hablando de "Casa de muñecas", ¿verdad?

NORA: Sí, Henrik. Sí, mi águila real, vigía de los campos, hablo de esa obra tuya donde yo, tu máxima creación, me rebelo contra el orden impuesto por una sociedad machista que se complace en someter a la mujer y acallar su voz, una sociedad que coarta nuestra libertad de expresión y, aún más, la misma posibilidad de un pensamiento autónomo y propio. Sólo un genio como tú podía decirlo con tanta firmeza. Por eso yo me crezco en cada representación y me alzo más simbólica y más militante, y soy el espejo donde se han de mirar todas las mujeres que aún se hallan bajo el dominio de sus maridos, de esos Torvaldos que jamás se han preocupado por contrastar sus opiniones con

las de esas esposas con las que habitan y de las que no desean otra cosa sino poder lucirlas para que les dejen bien y convertirlas en máquinas de parir cuando llega para los humanos la época de la cosecha.

HENRIK: Pero yo no he escrito eso.

NORA: ¿Y quién si no? Henrik, tu modestia te puede, pero un autor no puede renunciar a su obra. Entiendo, sí, que quieras mejorarla. Y es más: yo misma te animo a ello. Porque déjame que te diga que hay momentos que justificarían que cualquier intransigente pensase que esta mujer que soy yo obra mal desde el principio por no haber intentado quitarse la máscara de ingenuidad y a partir de ahí dialogar con su marido. Y más aún cuando en el primer acto queda claro que Torvald está contra los préstamos, y que Nora lo sabe. Me lo dice con demasiada claridad: "En serio, Nora; ya sabes que no quiero deber nada a nadie. No puede haber tranquilidad ni alegría en un hogar que depende del préstamo y de la deuda. Tú y yo hemos seguido hasta aquí el camino derecho, y lo seguiremos este poco tiempo que aún nos queda de lucha". ¡Qué lejos está de saber que en definitiva la lucha será contra él! Y entonces yo le respondo: "Como quieras". Eso que me obligas a hacer, Henrik, se llama mentir, y aunque sea por lo que en ese momento creo que es una buena intención, es también una concesión excesiva que puede aprovechar algún espectador de esos retrógrados y conservadores que todavía quedan. O, lo que es peor, puede confundir a las espectadoras de corazón más pusilánime y sensible. ¿No crees, Henrik, que deberías cambiar eso para que no quede duda sobre el despiadado carácter de Torvald?

HENRIK: No, no lo creo.

NORA: ¿Y no es más cierto aún que podrías haber resuelto la obra sin necesidad de que yo abandone a mis hijos con tanta rotundidad, cosa que desvela en mí una condición egoísta que no me conviene? Reconoce, gorrión, que ese no es uno

de tus pasajes más acertados, porque mi conflicto es con mi marido, Torvald, no con mis hijos.

HENRIK: Tu conflicto es contigo misma.

NORA: No, Henrik. Y si no propones una alternativa, a partir de mañana me llevaré a mis hijos para ofrecerles una educación que favorezca la integración y la igualdad. No volveré a dejarlos con Torvald, porque no estoy dispuesta a sostener más ambigüedades. O estás conmigo, o estás con él. Las cosas claras.

HENRIK: Es escandaloso. ¿Así renuncias a cumplir tus deberes más sagrados?

NORA: ¿Cuáles son mis deberes más sagrados?

HENRIK: ¿No lo sabes? Los que tienes conmigo, que soy tu autor. Los que tienes con el teatro y con la historia del arte, del pensamiento y de la creación.

NORA: Tengo otros tan sagrados como esos.

HENRIK: ¡No los tienes! ¿Cuáles?

NORA: Deberes para con todas las mujeres.

HENRIK: Antes que nada eres personaje.

NORA: Ya no lo creo. Antes que nada creo que soy un modelo a seguir, o por lo menos debo intentar serlo. Y un modelo es puro, limpio, perfecto y sin mácula. Un modelo es un prisma sin facetas. Pero tú has puesto demasiadas en mí.

HENRIK: ¡Hablas como una criatura sin sentido!

NORA: Puede; pero tú no hablas ni piensas como el autor a quien yo creía querer. Tal y como yo soy, no puedo por ahora ser tu personaje. ¡Ay, Henrik! No creo en maravillas... no creo en maravillas. Adiós.

*Nora sale y cierra la puerta, suavemente. Henrik se desploma en su sillón y esconde la cara entre las manos.*

HENRIK: ¡Nora! ¡Nora! (*Mira en derredor, y se levanta.*) ¡Se marcha! ¡Me deja! (*Una esperanza pasa por su pensamiento.*) ¡Puedo escribirte!

*Henrik escribe. Telón.*

1997.